

LOS IRRESPONSABLES (*)

La historia, si es que la historia se continúa escribiendo a conciencia, tendrá una pregunta que formular con respecto a nuestra generación. La pregunta irá dirigida a los libros que hemos escrito, a los archivos de nuestra correspondencia, a las fotografías de nuestros rostros, a las actas de las sesiones a que asistimos en salones augustos frente a los retratos de nuestros progenitores intelectuales.

La pregunta será ésta: ¿A qué se debió el que los eruditos y los escritores de esa generación, no obstante haber sido testigos de la destrucción de la actividad literaria y la investigación científica en vastas porciones de Europa, y del destierro, encarcelamiento y asesinato de hombres cuyo único crimen fué

(x) Archibald Mac Leish, —insigne poeta y dramaturgo, actual Director de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos—, señala en este ensayo, juzgado como uno de los documentos más reveladores de la actual inquietud intelectual norteamericana, el conflicto ideológico de nuestro tiempo y los deberes de los hombres de letras y artistas de la presente generación ante la gravedad del momento histórico que vivimos.

Los *Irresponsables* se publica en español y en portugués con el permiso expreso del autor, de Freda Kirchwey, directora de la Revista *The Nation* (en cuyo número del 18 de mayo de 1940 apareció por primera vez), de los editores neoyorquinos señores Duel, Sloan y Pierce, y de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana en cuya serie *Puntos de Vista*, número correspondiente a diciembre de 1940, apareció vertido al castellano por Francisco Aguilera, miembro del personal de la referida Oficina que dirige con encomiable acierto Concha Romero James.

La revista *Universidad*, deseosa de facilitar la difusión y conocimiento del presente trabajo que reputa de mérito excepcional, se complace en reproducirlo íntegramente en sus páginas.

la sabiduría y el talento, como asimismo testigos de la gradual aparición en su propio país de análogas fuerzas destructivas con idénticos impulsos, motivos y procedimientos, a qué se debió — repetimos — el que esa generación de eruditos y escritores de los Estados Unidos no hicieran frente a tales fuerzas cuando ello era todavía factible, cuando aún había tiempo y no faltaba terreno en donde afirmar el pie para contrarrestarlas con las armas de la erudición y de la pluma?

Dicha pregunta la formularán los historiadores con interés, con ese interés discreto, objetivo, tan ajeno al sentimiento con que los historiadores han interrogado siempre a los impotentes fantasmas de los hombres que fueron. Los jóvenes estudiosos que se pongan a hurgar los papeles sobrantes de nuestras vidas, los periódicos de un ayer remoto, las notas marginales, las obras impresas, descubrirán, o creerán descubrir, que los eruditos y los literatos de esta generación, en nuestro país, supieron por anticipado del peligro como rara vez les fuera dado saberlo a los hombres de otros tiempos. Descubrirán, o creerán descubrir, que la común herencia cultural del Occidente, de la cual se habían nutrido nuestros sabios y nuestros literatos, había sido atacada en otros países con el propósito confeso y explícito de destruirla. Descubrirán que tal propósito se había realizado. Descubrirán que un propósito análogo, respaldado por fuerzas semejantes, creado por condiciones del mismo orden, estaba tomando cuerpo en nuestro medio. Y les parecerá extraño, irónico y extraño, que la gran masa de eruditos y literatos norteamericanos no hayan hecho ningún esfuerzo por defenderse a sí mismos o por defender el mundo a cuyas expensas vivían.

Harán, claro está, una que otra excepción. Anotarán que algunas entidades científicas o literarias adoptaron resoluciones en las cuales proclamaban su culto por la civilización. Observarán que ciertos novelistas y poetas jóvenes, los más generosos y gallardos de su época, no pudiendo soportar por más tiempo el atropello y la injusticia, renunciaron a su vida de escritores y se engancharon en los ejércitos condenados al

exterminio para oponer la fuerza a la fuerza bruta. Pero de los que verdaderamente arrojaron el peligro, no con el cuerpo sino con el cerebro, de los que atacaron a los enemigos de la inteligencia con las armas de la inteligencia, de los que atacaron tal peligro con las armas que podían dominarlo, de éstos no se registrarán sino muy pocos nombres. Y se preguntarán por qué los eruditos y los literatos de los Estados Unidos de nuestra época, avisados como estábamos del peligro, no sólo por amenazas precisas sino por actos contundentes, por qué no combatimos tal peligro mientras las armas que sabíamos esgrimir mejor — las armas del pensamiento y del verbo — se podían emplear aún en su contra.

No se trata de una pregunta para la cual no estemos preparados. Hace ya muchos años que venimos redactando la respuesta, en la acción y en la inacción, con palabras o en silencio: en el libro que escribimos, en doctos ensayos para las revistas científicas, en artículos polémicos para las revistas de actualidad, o con el semblante que no logran inmutar las palabras de pasión, con la mirada de hastío del que se niega a creer lo que está viendo. La respuesta que tenemos preparada, la respuesta que hemos redactado para la historia, es la misma que, según dicen, dió Leonardo a Miguel Angel cuando éste lo acusó de indiferente a las desgracias de los florentinos. Es la respuesta de nuestro gremio en otras muchas épocas y escenarios: “A decir verdad,” respondió Leonardo, “me he dedicado con alma y vida al estudio de la belleza”. Al estudio de la belleza, de la historia, de la ciencia, nos hemos dedicado con alma y vida... y las desgracias de nuestra generación no nos atañen. Estas son de la competencia práctica y política de los hombres prácticos y de los políticos: al sabio, al artista, le preocupan otros valores más puros y perdurables.

Tal es la respuesta por nosotros redactada para el día del juicio histórico. Dudo que satisfaga a los hombres irónicos que hayan de venir a importunarnos en la ribera aquella en donde Teresias fué obligado a beber la sangre y a pronunciar su respuesta. En verdad creo que no habrá de satisfacerles: a

nosotros tampoco nos satisface. Solemos decir con firmeza y autoridad, ya con palabras o en silencio, que las desgracias de nuestra generación son desgracias económicas y políticas de las cuales puede apartarse sin peligro el hombre de estudio y de gabinete. Lo decimos con toda la autoridad de los tratadistas políticos del pasado, para quienes las desgracias de los pueblos eran siempre de orden político y económico y ajenas al poeta, al hombre consagrado a la ciencia pura, al artista enamorado de su arte. También lo decimos con la autoridad de los tratadistas de hoy, para quienes todos los fenómenos, cualesquiera que sean, son, en teoría, económicos y políticos. Pero por más que así lo afirmemos, no creemos en ello, porque hemos presenciado dichas desgracias, las hemos visto hechas carne y lágrimas con nuestros propios ojos. Y hemos visto que las desgracias de nuestro tiempo no son las que los filósofos, los teóricos, los tratadistas nos habían descrito. No son de la competencia exclusiva del hombre práctico, no son algo ajeno al hombre de estudio. Por el contrario, el hombre práctico, sólo él, el hombre que no piensa más que en el estómago y el techo, es el único que puede sin mayor peligro mantenerse indiferente a tales perturbaciones. Las cosas de que él vive y se nutre no se ven amenazadas. El sabio, el poeta, el hombre cuya preocupación son las hechuras de la inteligencia, las moradas del espíritu, ése es el que padece de angustia al corazón, porque lo que peligra son sus propios bienes.

Acaso sea porque hemos visto todo esto y rehusamos, sin embargo, distinguirlo, por lo que andamos tan confusos y desorientados de criterio. Nada es más característico de los intelectuales de nuestra generación que su incapacidad para comprender lo que le está ocurriendo a su mundo. Y nada explica con tanta precisión dicho fracaso como su renuncia a mirar cara a cara lo que vieron y a incorporar a su conciencia lo aprendido. Continúan hablando de la crisis como si la guerra de Europa fuera tal crisis — y la guerra, afirman ellos, no es asunto que les incumba. Continúan hablando de la crisis como si las maniobras del imperialismo, la pugna por los mercados,

la propaganda de la prensa y el radio fueran la crisis — y tales maniobras, propaganda y pugna no son de su incumbencia. Y sin embargo saben — lo saben muy bien porque lo han visto — que tales cosas no constituyen la crisis sino que son meramente los reflejos de ésta en los espejos de la realidad. Saben que tras la guerra y los gestos diplomáticos, tras la tinta de la hoja impresa y tras las histéricas voces del aire, hay algo más profundo y peligroso — más peligroso para ellos. — Saben que este estado de cosas lo ha producido cierto estado espiritual de los hombres, el cual existía y existe no sólo en Europa sino también en otras regiones del mundo, inclusive, y no en pequeño grado, nuestro propio país. Y saben que tal estado no es un fenómeno práctico, político, ajeno al sabio y al hombre de pensamiento, sino algo de índole muy diferente.

Para poner un ejemplo, no es un asunto de interés exclusivamente práctico y político el que inmensos grupos de hombres en varias partes del mundo ansien, con pasión y hasta con violencia, renunciar al ejercicio de la libertad y entregar la voluntad, el músculo y aun el pensamiento a la voluntad de un caudillo, a fin de conquistar siquiera la dignidad del orden, cuando menos la dignidad de la obediencia. No es una simple cuestión de alcance práctico y político el que la totalidad de los hombres en ciertas naciones no sólo hayan renunciado voluntariamente y con gusto a sus derechos individuales, sino que se hayan eximido de sus deberes como individuos, de modo que ya no se sienten obligados a reconocer ni a respetar la humanidad individual del prójimo, ni a reconocer ni a respetar las cosas que el ser humano ha creado a través de muchos siglos. No es una cuestión de importancia exclusivamente práctica y política el que ciertos gobiernos que antes siquiera protestaban respecto por las artes y el saber, se jacten hoy día no sólo del poder que ahora tienen, sino, lo que es mucho peor aún, del deseo y determinación que los anima de esclavizar las artes y el saber. No sólo tiene importancia práctica o política el que colectividades que antes fueron parte de la comunidad cultural de Occidente pretendan ahora, valién-

dose del crimen, el vejamen y el destierro, arrancar de raíz esa cultura y reemplazarla con ciencias y con artes de mezquina insularidad. Así, pues, por la primera vez en la historia del Occidente, hay fronteras fortificadas no sólo a lo largo de los ríos y las montañas y los límites cartográficos, sino a lo ancho de la tierra común de la cultura, del libre territorio que nunca supo de cercas.

Creo que ningún hombre íntegro dirá que éstos son asuntos de importancia exclusivamente práctica y política. Estimo que todo el que considere con calma y sin prejuicios dogmáticos el carácter de la crisis actual reconocerá que esta crisis es en su esencia una crisis cultural: la rebelión de ciertas clases, de ciertos órdenes de hombres en contra de la herencia cultural de Occidente y en contra de toda la común cultura, una rebelión no limitada en modo alguno a aquellas naciones en donde ha tenido éxito. Guerras, las hemos tenido antes, muchas guerras; también asesinatos, escrutinio inquisitorial de sabios, suplicio de los que nunca se cansan de interrogar, supresión y mutilación de la verdad. Pero en el pasado tales cosas se han perpetrado, hipócritamente es cierto, en nombre de la verdad, en nombre de la humanidad — hasta en nombre de Dios. Las formas de cultura se conservaron, y en la conservación de una civilización, como en la conservación de un arte, las formas lo son todo. Lo que hay de nuevo y sin antecedentes en la época en que vivimos es la repudiación de las formas. Lo que hay de nuevo es una cínica brutalidad que considera innecesaria la justificación moral ante sí mismo y que, por lo tano, para colmo de falta de decencia, hace caso omiso hasta de la inmunda vestimenta del hipócrita. El emplear la brutalidad y la fuerza, no en nombre del bien ni en nombre de Dios, sino en nombre tan sólo de la fuerza, es destruir el respeto de sí mismo y, por ende, la dignidad de la vida individual, sin la cual se hace inconcebible la existencia del arte o de la ciencia. Mentir, no en nombre de la verdad, sino en nombre de la mentira, es destruir la base común de comuni-

caciones sin la cual no puede existir una común cultura ni hacerse inteligible una obra de erudición o de belleza.

La verdad es que el desorden de nuestro tiempo es fundamentalmente una rebelión contra la común cultura de Occidente. ¿Qué cosa, sino ésta, siguió atacando dicho desorden en Alemania, largo tiempo después de haber derrocado el régimen existente? Peligro doméstico, no lo había. ¿Contra qué iba dirigida la larga serie de atropellos a los judíos, sino contra el respeto de Occidente por la dignidad del individuo, Los judíos ya habían sido reducidos a la impotencia con tanto ultraje. ¿Contra qué iba dirigida la destrucción de la obra de hombres como Thomas Mann sino contra el respeto de Occidente por la creación artística que no reconoce fronteras y es bien común? El pueblo alemán había repudiado a Thomas Mann en el momento en que aceptó el gobierno de sus enemigos. ¿Contra qué, sino contra el concepto de la integridad de la civilización occidental, iban dirigidos el ataque a una iglesia que ya no constituía peligro para ningún gobernante y la fabricación de un paganismo de pésimo gusto wagneriano?

Los intelectuales de los Estados Unidos y de otros países — literatos, hombres de ciencia, eruditos — han pretendido desentenderse de todo esto. Han tratado de convencerse a sí mismos de que la quema de libros, el destierro de artistas y la invención de mitologías eran simples episodios, expedientes, escenografía; de que la verdadera crisis era la de comestibles, la de brazos, la creada por fuerzas políticas o por el colapso económico. Estaban convencidos de que no tenían por qué inmiscuirse en el asunto. Los intelectuales se equivocaron. Tales cosas no eran simples episodios ni producto de ideas casuales. Son, por el contrario, la esencia misma de la revolución de nuestro tiempo. Sin este atentado contra los hábitos del intelecto, contra la seguridad del espíritu, la revolución no habría podido en forma alguna consumarse.

La revolución de nuestro tiempo — la revolución que por último ha surgido y se ha declarado en marcha — no es la gran Revolución de las Masas con que una vez soñaron hom-

bres generosos y a la cual otros hombres, menos generosos, han traicionado últimamente en forma tan vil y sangrienta. La Revolución de las Masas era una revolución que se proponía fundar una fe en contra de otra fe, una cultura en contra de otra cultura: la fe en el hombre, la fe en el poder de las normas que dicta la experiencia misma del hombre, en oposición a la fe en las instituciones y en el dinero; la cultura del pueblo en oposición a la cultura de los explotadores del pueblo. La revolución que por fin ha surgido triunfante en la acción carece de tal fe y de tal cultura.

Es una revolución de negaciones, una revolución de desesperados. Es una revolución surgida de la miseria por temor de una mayor miseria y del desorden por horror al desorden. Es una revolución de pandillas, aun revolución *en contra* de y no *en pro* de. Y el enemigo que quiere destruir es el que, en todas las épocas y civilizaciones, se ha opuesto a las revoluciones de pandillas: el dominio de la ley moral, el dominio de la autoridad espiritual, el dominio de la verdad intelectual. Para que prenda una revolución negativista, cuya única finalidad es el poder, cuyo único medio es la fuerza, es necesario destruir primero la autoridad de los dictados invisibles del espíritu. Es necesario destruir los productos del intelecto. Calibán en la revuelta ciénaga es todo un símbolo de esta revolución. En tanto que la belleza invisible en el aire conserva su voz, su música y su aguijón, las revoluciones de pandillas son torpes, desatinadas, grotescas y necias. No tienen más que una, una sola esperanza de éxito: la destrucción del sistema de ideas en su totalidad, del respeto a la verdad, de la jerarquía de valores en virtud de la cual la ley está sobre la fuerza, la belleza sobre la crueldad, la unidad sobre el número.

Es el distintivo de nuestro tiempo — quizá, por desgracia, el que más se recordará — el haber suministrado por vez primera la fórmula para la consumación de tal derrocamiento. En nuestros días, la revolución de las maffias ha conseguido perfeccionar una estrategia y una jerarquía lo suficientemente crueles, cínicas y arteras para destruir en su totalidad el

ascendiente del común patrimonio cultural y luego cerrarle el paso al afán de indagación del sabio y el artista, de modo que la revolución de la fuerza, la revolución de los desesperados, pueda fructificar y realizarse íntegramente.

Ante este desorden, y no ante esta o aquella disensión política partidista o crisis económica del momento; ante este ataque directo, explícito y deliberado al mundo, a la vida y a la obra del hombre de estudio, los cultivadores de la ciencia y la erudición en los Estados Unidos se han mantenido indiferentes. Y si no indiferentes, inactivos; cuando más, en calidad de observadores; a medias vigilantes, temerosos e inactivos. Y es por esto por lo que la historia formulará la pregunta: ¿Cómo pudieron ser pasivos espectadores de una guerra en contra de ellos mismos?

Yo creo, sobre la base de lo que he visto y oído, que no se trata ni de falta de valor ni de falta de cordura. Lo que ha impedido que la presente generación de intelectuales norteamericanos actúe en defensa propia es otro motivo. Creo que ello se debe al sistema de organización de la vida intelectual de nuestra época. Para ser más preciso, opino que la responsabilidad intelectual se ha dividido en nuestro tiempo y que, por dividirse, se ha destruído. Los hombres de beligerancia intelectual, los que debieron haber asumido la responsabilidad de la acción, se han dividido en dos castas, en dos cultos: los eruditos (*scholars* *) y los escritores. Ni los unos ni los otros quieren hacerse responsables de la cultura que les es común ni responder por su defensa.

Hubo una época, hace uno o dos siglos, en que los hombres

(*) Por *scholar* se entiende, en el presente ensayo, una persona profundamente versada en una o varias ramas del saber (ciencias o humanidades). Las palabras castellanas *sabio*, *hombre de ciencia*, *hombre de estudio* o *de gabinete*, *erudito*, *investigador científico*, etc., traducen distintas facetas del amplio significado y alcance de *scholar*. En el curso de la traducción, este comprensivo vocablo inglés ha sido traducido ya en una o en otra de las formas indicadas, según el sentido del texto.
Nota del Traductor.

que desempeñaban las funciones del *scholar* y el escritor habrían asumido tal responsabilidad sin un instante de vacilación. Hace un siglo, las profesiones del escritor y del *scholar* se aunaban en la profesión única del “hombre de letras”, el cual se sentía responsable de todo lo que afectara a la función del intelecto. Era un hombre de integridad de miras y unidad de intenciones, un adalid intelectual que no temía andar solo, defensor consciente del patrimonio común, partidario resuelto de su observancia. Mientras los que hoy practican las profesiones aludidas se han dividido entre sí el mundo de la erudición y el de la creación literaria como si se tratase de estados irresponsables y neutrales, el hombre de letras de antaño se movía tanto en el uno como en el otro como quien recorre un imperio indisoluble.

Se trataba de un hombre de estudio que empleaba sus conocimientos no por hacer alarde de ellos a impulsos de una especie de narcisismo académico, sino con el objeto de contribuir al mejoramiento de la vida de su tiempo. Era un escritor cuyos trabajos no reflejaban una actualidad abstracta e inco nexa, sino que iluminaban el presente relacionándolo certeramente con el pasado. Era, por lo tanto y necesariamente, un hombre que admitía una responsabilidad personal por la supervivencia y la vitalidad de la experiencia común y acumulada de la mente humana, pues esta experiencia era para él el aire que respiraba, la perspectiva de su pensamiento. El saber no era para él una golosina de la cual servirse y con la cual deleitarse cuando le entrara en ganas, sino una profesión ejercida como servicio público. El escribir no era un ornamento, una alhaja, sino el medio de conseguir un fin, una arma, la más poderosa de las armas, una arma que había que esgrimir. Todo lo que amenazara al saber o a las finalidades del saber, ponía en guardia al hombre de letras. Todo lo que atentara contra la verdad u obstruyera el espíritu de indagación o profanara el arte o violara los fueros del pensamiento, era un golpe directo y personal, golpe que él devolvía con todas las armas perfeccionadas por los maestros de la palabra escrita.

Milton, defendiendo la libertad de conciencia en frases que han sobrevivido a los nombres de todos los que atentaron contra la libertad; Voltaire, exponiendo a la burla de la posteridad a los tiranos que fueron grandes sólo hasta el momento en que él los redujo a la insignificancia; Bartolomé de Las Casas, amansando a crueles sacerdotes y a capitanes inhumanos con los formidables golpes de la verdad: Las Casas, Milton y Voltaire fueron “hombres de letras”, hombres que reconocieron la obligación de defender las disciplinas del pensamiento no por provecho personal sino por el bien de todos.

Si tales hombres hubieran vivido en nuestra época, si los intelectuales de hoy hubieran sido íntegros y leales, habría sido imposible, creo yo, que la revolución de las maffias hubiese logrado lo que entraña mayores peligros, a saber: pervertir el criterio intelectual. El asesinato no deja de ser una inmoralidad por erigirse el asesinato en sistema. Pero sí se absuelve del cargo de inmoralidad cuando se logra convencer a los hombres de que el asesinato no es inmoral. Y esto último sólo se produce pervirtiendo el pensamiento. Y la perversión del pensamiento sólo se hace posible cuando los que debieran hacerse oír en su defensa se quedan callados.

Los que debieran hacer oír guardan silencio porque no hay voces que acepten la responsabilidad de hablar. Ni la inconcebible falta de decencia de la propaganda tendenciosa, ni la corrupción de la palabra en Alemania, Rusia, España y otros países, ni aun el triunfo de la mentira, han provocado una respuesta como la que habría lanzado un Voltaire en circunstancias análogas. Y ello se debe a que el hombre que hubiera podido ser un Voltaire, o ser un Las Casas, no existe; no existe el hombre de jerarquía intelectual, el hombre de vocación intelectual, el hombre que *profesa* las letras, imponiéndose la obligación, como soldado del espíritu, de defender la integridad de éste contra cualquier peligro físico, la obligación de defender la obra del intelecto y las estructuras por éste creadas y los medios de que éste vive, no sólo en privado y a salvo en su estudio, no sólo en las polémicas de la prensa

docta, sino en público, expuesto al riesgo público y jugándose la vida. No existe porque el hombre de letras ya no existe. Y el hombre de letras ya no existe porque ha sido desterrado de nuestro mundo y de nuestro tiempo por la división de lo que fuera su reino. La responsabilidad única, la totalidad funcional del hombre de letras, ha sido substituída por la función parcial, por el recíproco antagonismo, por la irresponsabilidad aislada de dos figuras: el *scholar* y el escritor.

Si esta substitución se debe a que los métodos de investigación científica, al ser aplicados a los estudios humanísticos, destruyeron la fe y los hábitos del pensamiento, o si se debe a otras razones, es un asunto que deben determinar personas de más discernimiento que yo. Lo importante es el hecho de que se haya efectuado tal substitución. El reino del hombre de letras ha sido dividido entre sus herederos. El reino que antes fuera el pasado y el presente aunados por el intelecto, hoy se divide entre el presente de un lado y el pasado del otro.

El pasado es la patria del *scholar*; el presente, la del escritor. Este ve el presente en la fisonomía del mundo que lo rodea y deja que el pasado se pudra y se corroa. El *scholar* cava su propio sótano de marfil en las ruinas del pasado y deja que el presente se consuma de anemia. Salvo una que otra excepción (Thomas Mann es un ejemplo) el abismo entre los dos reinos es completo. Las novelas históricas tan de moda en la actualidad, las obras de vulgarización científica, los digests de filosofía, sólo sirven para determinar la profundidad de ese abismo, como un tablón suspendido sobre un precipicio. El que sea necesario emprender vuelos tan baladíes de un campo al otro del mundo de la inteligencia pone aún más de relieve lo profundo y desastroso del divorcio existente.

Esto no quiere decir que con el cambio hayan salido perdiendo la erudición y la literatura. La erudición acaso sea más científica y la literatura más pura. A decir verdad, soy de los que creen que la época en que vivimos ha producido más escritores de primera categoría que ninguna otra, excepto las

edades de oro, y que hay *scholars* de una solidez, honestidad y devoción que nada tienen que envidiar al pasado. Pero lo que se discute no es la excelencia ni la calidad de la investigación erudita o de la literatura. Lo que hoy importa es la defensa de la cultura, la defensa, literalmente hablando, de la civilización tal como los hombres la han concebido en los últimos dos mil años. En relación con esto, la substitución del hombre de letras por el binomio moderno *scholar*-escritor, por más pura que sea su ciencia, por más pura que sea su literatura, constituye una pérdida trágica e incommensurable, pues ni el *scholar* de hoy ni el escritor de hoy asumen la responsabilidad de efectuar dicha defensa. Por el contrario, cada cual a su manera, defiende su derecho a la más completa irresponsabilidad.

La irresponsabilidad del *scholar* es un trasunto de la irresponsabilidad del hombre de ciencia, por haber utilizado aquél como modelo el aislamiento de este último en su laboratorio. El erudito en materia literaria se ha vuelto tan indiferente a los valores subjetivos, se desentiende tanto de lo implícito, tiene tan poca paciencia para con los matices, como si en vez de la literatura fuera la química el objeto de sus investigaciones. Ha pasado a ser un refugiado que quiere ponerse a salvo de las consecuencias, un desterrado exento de la responsabilidad de pronunciarse sobre los valores de orden moral. Sus palabras de elogio son términos de laboratorio: objetividad, imparcialidad, desapasionamiento. Su orgullo es ser científico, neutro, escéptico; es mantenerse aparte, por encima de los juicios definitivos o de la fe absoluta.

En su carácter de *scholar*, el estudioso de hoy no se sitúa en el presente; ama la palabra, pero sólo la palabra que no implica dictamen, que no se abandera, que no ejecuta acción alguna. Mientras el hombre de letras de otros siglos cultivaba el pasado sin sustraerse a los rumores del presente, haciéndolo surgir entre sus contemporáneos con el relieve de una estatua entre los árboles, el *scholar* de hoy, en su función de tal, aban-

dona el presente y se refugia en el pasado, donde todos los hombres son de mármol.

De ahí que el *scholar* de hoy haya inventado la tesis doctoral como su principal aportación al género literario. Dicha tesis es la imagen perfecta de su mundo. Es un trabajo que se emprende por el trabajo mismo, perfectamente exacto, perfectamente improbo, perfectamente irresponsable. El *scholar* moderno, en su más alta expresión o en la más mínima, es así, escrupuloso, diligente e irresponsable, totalmente irresponsable por lo que se refiere a proteger su propio mundo. Nunca se olvida de que durante las guerras civiles de Inglaterra, los hombres de estudio, consagrados únicamente a sus propias tareas, fundaron la Royal Society. Recuerda que a través de otras guerras y otros peligros, los mismos mantuvieron encendida la lámpara del saber. Pero no se detiene a considerar que entonces los obreros de la erudición hicieron otras cosas, además de recortar la mecha de la lámpara. No considera que los peligros cambian y que pueden ser mayores. Pero el trabajo lo reclama. Tiene que terminar su libro. Que la guerra no le vaya a destruir los manuscritos que compulsa. Es el tipo puro, perfecto de la irresponsabilidad —el hombre que actúa como si el fuego no pudiera alcanzarlo puesto que él no se mete con el incendio. Y eso que sabe muy bien, porque no puede evitarlo, ya que lee la prensa, conversa con sus amigos, que el incendio ha devorado los libros, el espíritu, todo lo que es sustancia de su propia vida, la carne humana misma, en otros países. Él lo sabe, mas se desentiende de ello. No le atañe. ¿A quién le atañe, entonces? Es imposible arrancarle una respuesta. El trabajo lo reclama. Tiene que terminar su libro...

La irresponsabilidad del escritor no es menor que la del *scholar*. Mientras que éste se abstiene de aplicar lo mejor de su pensamiento de adulto mediante el arbitrio de tomar como modelo al desinteresado hombre de ciencia, el literato efectúa idéntica evasión imitando al artista. Hace literatura tal como el pintor hace pintura. Piensa como artista, vale decir,

no se hace responsable de otra cosa que de la fiel expresión de sus sentimientos. Observa como artista, o sea, observa con honradez y verdad, pero sin comentario. Su culto, tal como en el caso de todo artista serio, es el culto de lo observado, de lo real, sin antecedentes o consecuencias, desnudo en su objetividad, despojado de causas y efectos. El mundo invisible, el mundo intelectual, el mundo de relaciones de ideas, el mundo de los valores críticos, el mundo en que la verdad es el bien y la mentira el mal: tal mundo no existe para el artista serio o para el escritor serio que toma al artista como modelo.

Ve el mundo tal como lo vería un dios — sin moralidad, sin preocupación, sin opiniones. Así se ve la gente, los individuos actúan de este modo o aquél: el escritor los exhibe. los hace actuar. No le incumbe precisar por qué se ven así, por qué obran de una manera u otra. Le basta con mostrar lo que sucede. Cuando llegan a preocuparle los motivos, le interesan sólo los que él considera “verdaderos”, o sea, los motivos vergonzosos, aquéllos que el individuo suele ocultarse a sí mismo. Su propósito cardinal es dar, no con el verdadero resorte de la acción humana, sino con la explicación sensacionalista que lo exime de efectuar un profundo escrutinio. La indicación de que hay ciertas cosas en la vida —ideas, conceptos, maneras de pensar— que el escritor-artista debiera defender contra todo ataque, la insinuación de que tiene la obligación de defender el patrimonio cultural, le parecería en verdad ridícula.

Los artistas no salvan al mundo. Cultivan su arte. Lo cultivan tal como Goya lo hiciera en medio del cañoneo de Madrid. ¿Qué más da si la actual guerra es algo peor aún que la desencadenada por Napoleón en España? El artista sigue con su arte. O deja su arte a un lado para empuñar un rifle y tomar parte en la refriega. Pero no *como artista*. El artista no pelea. Las obligaciones del artista son obligaciones para con su arte. No tienen otras. Ni siquiera cuando su propio arte, la oportunidad de ejercerlo o el privilegio de vivir

donde lo puede cultivar están en peligro. El escritor-artista escribirá acaso un sangriento relato sobre el derramamiento de sangre, o presentará el rostro de la agonía como raras veces fuera presentado. Pero ni siquiera entonces empuñará el arma de sus palabras para llevarla a las barricadas de la lucha intelectual, al asalto de la fe y la convicción indispensables para obtener la victoria.

* *
*

La historia nos ofrece ejemplos de civilizaciones que se tornaron impotentes por exceso de cultura. No creo que nadie habrá de decir que perdimos nuestras libertades intelectuales por dicha causa. Pero sí se podrá decir, y ello con cierto énfasis irónico, que los hombres de pensamiento, los hombres de estudio, de este país se vieron burlados y reducidos a la impotencia por lo mucho y bueno que sabían. Para el erudito, la imparcialidad, la objetividad, el apartamiento fueron ideales que a fuerza de trabajo y sacrificio logró inculcar en sí mismo. La objetividad y el apartamiento fueron el orgullo del artista literario. Tanto el uno como el otro se sometieron a frenos increíbles, a disciplinas interminables para adquirir tales cualidades. Y ambos lo consiguieron. Tanto los eruditos como los escritores se libertaron de las pasiones personales, de las preocupaciones emocionales que coloran las convicciones y el criterio. Tanto los unos como los otros se eximieron de la responsabilidad individual implícita en toda decisión. Surgieron libres, puros y solos en el ambiente antiséptico de la objetividad. Y por sublimar la inteligencia la condenaron al desastre.

Si fué un consuelo para los filósofos de civilizaciones preteritas el reflexionar que perdieron lo que más amaban por la pureza misma de su devoción, tal vez lo será también para nosotros. Pero dudo que saquemos gran provecho de tal consuelo o que se nos vaya a aplaudir por ello.

ARCHIBALD MAC LEISH